PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO SIMÓN BOLÍVAR

Palabras de Daniel Coronell
Ganador del Gran Premio a la Vida y Obra de un Periodista
Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar
Edición 51, 2026

Buenas noches a los respetados miembros del jurado y a su presidenta Margarita Martínez. Mi saludo a la directora ejecutiva del premio, doctora Silvia Martínez de Narváez y al doctor Miguel Cortés Kotal, presidente del Grupo Bolívar.

Un saludo afectuoso a la doctora Rachel Kleinfeld, invitada especial al Premio, cuyo trabajo académico en defensa de la democracia y el imperio de la ley resulta especialmente inspirador para Colombia en este momento.

Queridos amigos y colegas:

Tenía 23 años cuando recibí mi primer Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Fue en 1988, en un mes de julio marcado por la violencia. Las masacres eran pan de todos los días, los asesinatos de periodistas se volvieron rutina y empezaba uno de los períodos más sangrientos de nuestra historia, conocido como el del narcoterrorismo.

El jurado de aquel año concedió el gran premio a la vida y obra a dos colegas insignes: Daniel Samper Pizano y Enrique Santos Calderón, con quienes hoy trabajo en *Los Danieles*.

Un premio a la vida y obra tiene una ventaja y un riesgo. La ventaja es que obliga a mirar hacia atrás. El riesgo es que uno termine escribiendo su propio obituario. Trataré de evitarlo porque quiero seguir en este oficio que en 42 años me ha dado muchas alegrías, pero casi nunca una vida tranquila.

Empecé cuando todavía era un adolescente. He sido reportero, jefe de redacción, director, columnista, fundador de medios, *podcaster* y *youtuber*. He hecho mi mejor esfuerzo para adaptarme a los nuevos tiempos, para seguir aprendiendo y para empezar de cero cada vez que el periodismo me ha obligado a dejar títulos importantes y salarios buenos, en esas ocasiones en las que las circunstancias me han puesto a escoger entre comodidad y principios. Lo que les voy a decir puede sonar ilógico, pero en algunas oportunidades quedarse sin trabajo es otra forma de hacer periodismo.

En este tiempo también he conocido el lado amargo de ejercer nuestro oficio.

He recibido amenazas de muerte durante años. Algunas llegaron por teléfono, otras por correo electrónico, otras en coronas fúnebres, otras en sufragios y una vez me la soltaron frente a frente. Las peores se concentraron en nuestra hija Raquel, cuando tenía seis años. Junto con un grupo de mis colegas de *Noticias Uno* identificamos a uno de los autores de esas amenazas, aún así el caso quedó en la impunidad.

No han sido esas las únicas intimidaciones que he sufrido, pero sí las más intensas y dolorosas. Duraron cinco meses, pero aún hoy me duelen. Odio las armas, sin embargo, en esos días aciagos, tuve que dormir con una pistola cerca de la mano, esperando que esa no fuera la noche en la que llegaran a matarnos.

También he sido blanco de campañas de desprestigio organizadas desde el poder para que la gente dejara de creer en lo que investigo y publico.

He sido víctima de espionaje y seguimientos ilegales, que quedaron judicialmente probados. Agentes del Estado, pagados con plata de los contribuyentes, nos siguieron a mí y a mi familia, nos vigilaron, nos oyeron y trataron de descubrir quiénes eran mis fuentes de información.

Y he conocido el exilio. Tuvimos que dejar Colombia para encontrar un lugar tranquilo donde pudieran crecer nuestros hijos.

Pero esta noche no vengo a quejarme. Vengo a decir algo que pocas veces se dice en voz alta: tuve suerte.

Tuve suerte porque estoy vivo. Porque tengo una familia excepcional y unos amigos que no me dejaron solo. Porque una llamada alertó a tiempo, porque hubo colegas e instituciones que nos tendieron la mano, y porque la bala que estaba destinada para mí no ha sido disparada.

No todos tuvieron esa suerte. No la tuvo don Guillermo Cano, el mejor de todos nosotros, asesinado a la salida de *El Espectador* por descubrir la verdad sobre Pablo Escobar y sus aliados. No la tuvo Julio Daniel Chaparro, acribillado cuando buscaba la historia de 44 personas masacradas en Segovia. No la tuvo mi amigo Jaime Garzón, asesinado una madrugada cuando manejaba a la emisora en la que trabajaba. Tampoco la tuvo Cristian Herrera, acribillado hace cinco meses en Cúcuta frente a su esposa y sus dos hijos. Y no la tuvieron los demás periodistas asesinados en Colombia por hacer su trabajo: 171, como lo ha publicado la Fundación para la Libertad de Prensa.

Este premio es de ellos.

Cuando miro estos 42 años, encuentro algo que me tranquiliza: he incomodado a todos los gobiernos que he cubierto.

Al de Álvaro Uribe le pregunté, entre otras cosas, por un helicóptero suyo encontrado en un complejo cocainero, por los votos parlamentarios comprados para su reelección y por los agentes del DAS que seguían a jueces, opositores y periodistas. En el de Juan Manuel Santos, una investigación mía terminó con la salida de su ministro de Transporte, que hacía negocios con el gobierno del que era parte. En el de Gustavo Petro denuncié a un congresista de su bancada que ponía a funcionarios públicos a trabajar en su negocio particular y al presidente de Ecopetrol, que fue el gerente de la campaña presidencial y que disfruta de un lujoso apartamento pagado por un contratista de la empresa.

Cuento esto, a manera de ejemplo, porque la independencia no se declara: se demuestra.

Venimos de un gobierno que se comprometió a servir a los más necesitados. Lo cual es una promesa legítima en uno de los países más desiguales del mundo. Sin embargo, ejecutó mucho menos de lo que prometió y de lo que habría podido. Aunque algunas cosas mejoraron, justo es reconocerlo, la administración concluyó en medio de escándalos de corrupción, y el propio presidente está envuelto ahora en episodios personales que desdicen de la dignidad y el decoro que exigía su alta responsabilidad.

Dicho sea de paso, un mandatario no puede permitirse una vida secreta que lo haga susceptible a extorsiones.

Muchos colombianos, incluida la mayor parte de la clase empresarial, llegaron a la conclusión de que había que reemplazarlo por cualquier cosa, por lo que diera lugar y a como diera lugar. Es comprensible. Pero en política “lo que dé lugar” no es un programa, sino una apuesta. Y a veces lo que da lugar resulta mucho peor que lo que se quería dejar atrás.

Hoy tenemos un presidente que lleva tres meses en el cargo y que ha dedicado más energía al culto de su propia imagen que a explicar sus decisiones. Un presidente que pone su autógrafo a una bomba y que se viste de camuflado para recibir a unos capturados frente a las cámaras, para presumir de sus puestas en escena en redes sociales con subtítulos y música de fondo.

Un presidente que se ha atribuido la autoridad de decidir qué periodismo merece protección y cuál no, y que ha convertido la información pública, que es de todos, y el acceso a los funcionarios, que en teoría trabajan para todos, en un privilegio reservado para sus “medios amigos”.

Realmente no es algo que sorprenda. Abelardo de la Espriella, como candidato, declaró que tenía una lista negra de lo que llamó "activistas disfrazados de periodistas" y anunció que no les iría bien en su gobierno. El hoy presidente de la República, cuando ejercía como abogado, se convirtió en el mayor depredador judicial de la prensa en la historia de Colombia.

Nadie ha interpuesto más acciones judiciales contra periodistas. Nadie ha abusado tanto del derecho para sofocar cualquier crítica o investigación sobre su conducta. Solo él se ha solazado embargando la casa de un reportero y la de un hombre humilde cuyo único pecado era llamarse como el periodista que se atrevió a escrutar su pasado. Ahora, este litigante desaforado tiene a su servicio todo el poder del Estado para fomentar la autocensura en los periodistas y construir un muro de silencio alrededor de él.

Su estratega, el señor Carlos Suárez, presidente de la junta directiva de Ecopetrol y temprano aspirante a sucesor, usa las redes sociales para emprender campañas de desprestigio contra medios y periodistas independientes. Su persecución a *La Silla Vacía* debería alertarnos a todos: el periodista que no puedan subordinar será atacado mediante boicot de anunciantes y estrategias de difamación.

Y quiero decirlo esta noche, con toda claridad: el periodismo colombiano no puede convertirse en el duplicado acrítico de la cuenta de Instagram de un mandatario megalómano, crecido a punta de inteligencia artificial.

Nuestro trabajo no es reproducir el video propagandístico del día. Es preguntar lo que el video no muestra: quiénes murieron en el bombardeo, si había menores entre ellos, dónde están los fondos prometidos a los damnificados del terremoto.

El periodismo es por esencia contrapoder. Nuestro trabajo no es ser amplificadores de los mensajes de las autoridades competentes. Tampoco de las autoridades incompetentes, como bien dice el periodista español Carlos Alsina.

Respetados colegas: frente a este poder surgen dos tentaciones y las dos son trampas.

La primera es el miedo. Las demandas cuestan, el acceso se cierra, la familia sufre, la pauta oficial se usa como vara de premios y castigos. Como si fuera poco, algunos anunciadores privados tampoco quieren estar en los medios independientes, aun sabiendo que ejercen el oficio rigurosamente, porque temen que poner su publicidad en esos medios, cada día más solos, puede granjearles la antipatía del poderoso.

Los dueños de los medios reciben llamadas. La autocensura nunca se anuncia. Llega en silencio, caminando en las puntas de los pies: una nota que no se hizo, una pregunta que no se formuló.

La segunda tentación consiste en convertirnos en el espejo de quien nos ataca. Pasar de periodistas a opositores. Si el gobierno decide quiénes son sus medios amigos, no podemos responder asumiendo que somos sus enemigos. No estamos aquí para derrocar a nadie, tampoco para proteger a nadie, ni para remplazar a nadie. Los periodistas no podemos volvernos candidatos políticos.

Estamos para averiguar lo que pasa, verificarlo rigurosamente y publicar solo lo que sea cierto, lo que podamos demostrar, le guste a quien le guste. Incluso a veces, en contra del parecer mayoritario.

Podemos discrepar en enfoques, pero la ética obliga también a la solidaridad. Cuando excluyen a un colega de una conferencia de prensa, nos excluyen a todos. Cuando le cierran a un medio la puerta de un ministerio, la respuesta no puede ser celebrar que la competencia se quedó sin la noticia. Cuando un periodista o un medio son difamados por numerosos bots que responden a una sola estrategia, no podemos quedarnos impasibles. Si aceptamos que el acceso sea un premio a la obediencia, pierde el periodismo y, sobre todo, pierden los ciudadanos. Pierde la democracia.

Lo digo porque lo viví. Hace veinte años, un gobierno muy popular decidió que algunos periodistas éramos un peligro. Nos espiaron y nos difamaron, y el presidente pidió en una rueda de prensa que me procesaran por proteger una fuente de información. Lo que nos salvó no fue la fuerza golpeada de nuestros propios medios. Fue que algunos de ustedes no dejaron de publicar y que la verdad, aunque tarde, terminó saliendo a la luz. La directora del DAS y el secretario general de la Presidencia fueron condenados. Los periodistas seguimos aquí.

La popularidad de un gobernante nunca ha sido prueba de que tenga razón. Al contrario, muchas veces esa popularidad se convierte en licencia para abusar del poder. Por eso debemos esforzarnos en vigilar a los mandatarios amados con el mismo ahínco que dedicamos a la fiscalización de los odiados.

Nada lo he hecho solo. Todo ha sido trabajo de equipo.

A mi mamá, Noemí, que me enseñó con su ejemplo que el trabajo honrado es la única forma de no deberle nada a nadie. Me hubiera gustado que esta noche también estuviera con nosotros mi papá, que murió hace unos años.

A María Cristina, mi esposa, que ha sido la luz de mi vida y ha estado conmigo en cada amenaza, en el exilio y en cada regreso. Ella que suspendió su carrera brillante para que nuestros hijos pudieran crecer seguros. Si en esta familia alguien merece un premio a la vida y obra, es ella.

A Raquel, que a los seis años aprendió lo que cuesta este oficio y aun así decidió ejercerlo. Hoy ella también hace preguntas incómodas y cada vez que la leo sé que valió la pena.

A Rafael, que nació lejos de su país y que con su existencia nos prueba que hasta de los peores momentos puede salir lo mejor de la vida. Disfruto tanto aprendiendo de él, de lo que sabe sobre política y de lo que me enseña para hacer periodismo en los nuevos medios.

A Jorge Acosta, que en todas las tormentas ha encontrado la manera de mantener el barco a flote. Su tesón y creatividad han permitido que *Noticias Uno* siga existiendo y transformándose.

A Ignacio Gómez, mi hermano en el oficio, con quien hemos compartido tantas investigaciones y tantos riesgos.

A Cecilia Orozco, Jaime Honorio González y Félix de Bedout quienes en diferentes momentos y circunstancias han dirigido este sueño.

A Carlos Cárdenas, Yezid Baquero, Jonathan Taborda y a todos los periodistas que trabajan en la construcción de *El Reporte*, que es la semilla del periodismo del futuro.

A Julio Sánchez Cristo, quien ha sido mano amiga en momentos muy duros.

Y especialmente a Ramiro Bejarano, cuya amistad, inteligencia proverbial, sentido democrático y conocimiento del Derecho nos han salvado de tantos embates.

La independencia no es un acto que se firma una vez. Es una costumbre que se ejerce todos los días, en cada pregunta incómoda, en cada nota que alguien con poder hubiera preferido no ver publicada.

Quizás la vida me dé la oportunidad en el futuro de trabajar al lado de _____, quien hoy es distinguido con el Premio Simón Bolívar Estímulo al Periodismo Universitario. Un paso colosal en una carrera que inicia.
Recibo este generoso reconocimiento como un compromiso: seguir siendo, mientras tenga vida, un periodista independiente. Y les pido lo mismo a ustedes, sobre todo a los que empiezan: que ningún gobierno, ni este, ni el anterior, ni el que venga, pueda decir nunca que ustedes son sus medios amigos.

Muchas gracias.